

LA TRAYECTORIA Y LA GEOGRAFIA DE LA TRADICION PETRINA DURANTE LAS TRES PRIMERAS GENERACIONES CRISTIANAS

*Santiago Guijarro
Casa de la Biblia. Madrid*

Introducción

La visión de los orígenes del cristianismo que ofrece el libro de los Hechos de los Apóstoles ha contribuido decisivamente a crear una imagen uniforme y homogénea de las primeras iglesias cristianas. Sin embargo, un estudio más detenido de las fuentes descubre que el cristianismo naciente fue plural. Dentro de él coexistieron diversas formas de vivir la fe en Jesús, determinadas por distintas concepciones teológicas y por situaciones históricas diferentes.

Un fenómeno característico fue la existencia de diversas tradiciones, vinculadas a un lugar geográfico concreto, y referidas a la autoridad de determinados apóstoles¹. La autoridad de estos apóstoles servía para legitimar una visión teológica, sobre la que se fundamentaba una praxis concreta. Las tradiciones más importantes invocaban la autoridad de Pablo, Pedro, Tomás, Juan y Santiago. Durante algunos años estas diversas tradiciones convivieron y se fecundaron mutuamente, pero con el tiempo la tradición más directamente vinculada a Pedro asimiló o desplazó, al menos en occidente, a las demás tradiciones apostólicas², convirtiéndose en la tradición hegemónica, frente a la que se definían otras corrientes, consideradas como heterodoxas, y que por esta razón han tenido menos influencia en la historia posterior de la Iglesia.

El objeto de este trabajo es rastrear la trayectoria de la tradición referida a Pedro a lo largo de las tres primeras generaciones cristianas (33-150 d.C.), y delimitar el área geográfica de su influencia durante este período de tiempo. Para ello me serviré, no sólo de los escritos canónicos del NT, sino también de los escritos apostólicos y apócrifos, que ofrecen muchos datos interesantes para conocer la trayectoria y la geografía de la tradición petrina³.

¹ H. Köster, *Introducción al Nuevo Testamento* (Salamanca 1988) 501-502.

² R.E. Brown - K.P. Donfried - J. Rewmann (Ed.), *Pedro en el Nuevo Testamento* (Santander 1976) 156.

³ La mayor parte de estos escritos contienen materiales procedentes de diversas tradiciones. Tal es el caso de Mt y 1 Pe. Véase R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome*

Siguiendo la terminología propuesta por R. Brown⁴ distinguiré tres épocas o períodos: el período apostólico, el período sub-apostólico y el período post-apostólico que corresponden a las tres primeras generaciones cristianas. Estos tres períodos delimitan tres etapas bien definidas en la configuración y evolución de la tradición petrina.

1. Período Apostólico (33-66 d. C.)

Este primer período, que corresponde a la primera generación cristiana, coincide con el ministerio de Pedro. Durante estos años la actividad misionera de Pedro y su lugar privilegiado en el grupo de los doce, como testigo de la resurrección de Jesús, pusieron las bases de lo que llegará a ser la tradición petrina.

Al contrario de lo que ocurre con la paulina, no contamos con escritos relacionados con Pedro que hayan sido editados en estos primeros años. No obstante, aprovechando algunas indicaciones dispersas en el Nuevo Testamento (especialmente Hch, Gal y 1 Cor) podemos recuperar algunos datos significativos de su actividad.

A partir de Hch y Gal pueden reconstruirse tres visitas de Pablo a Jerusalén. El objeto de la primera fue hablar con Pedro (Gal 1,18), que por entonces ocupaba un puesto principal en dicha comunidad. Diez años después, con motivo del concilio de Jerusalén, Pedro sigue siendo una de las «columnas» (Gal 2,9) de la comunidad, pero su importancia disminuye, al tiempo que crece la de Santiago. Por entonces Pedro se encontraba ya en Antioquía (Gal 2,11-14) y según el testimonio de Hch 10-11 había anunciado el evangelio en la zona costera de Palestina. Cuando Pablo va a Jerusalén por última vez (Hch 21), Pedro ya ni siquiera está allí. Es Santiago quien se encuentra al frente de la comunidad.

La situación de Pedro durante estas tres visitas de Pablo refleja un progresivo distanciamiento con respecto a la comunidad de Jerusalén. Este distanciamiento puede explicarse, en parte, por la actividad misionera que Pedro llevó a cabo (1 Cor 9,5), y que confirma la existencia de un grupo vinculado a él en Corinto (1 Cor 1,12). Sin embargo es probable que este alejamiento se deba más bien a las diferencias teológicas entre el grupo de Santiago (más cercano al judaísmo) y el de Pedro (más abierto a los gentiles), que se reflejan en Hch 15, a pesar de los esfuerzos realizados por el autor de Hechos para conciliar ambas posiciones.

(London 1983) 51-72 y 133-139. Pero no es difícil descubrir en ellas los rasgos característicos de dichas tradiciones.

⁴ R.E.Brown, *Las iglesias que los apóstoles nos dejaron* (Bilbao 1986) 15-16.

Después del concilio de Jerusalén Pedro permaneció en Antioquía. Fue entonces cuando tuvo lugar la discusión entre él y Pablo, a propósito de la comunión de mesa con los gentiles, uno de los temas abordados probablemente en la reunión de Jerusalén (véase Gal 2,11-14). En este caso, Pedro representaba la postura más conservadora; y Pablo, la más abierta. El resultado de este enfrentamiento fue la salida de Pablo de Antioquía, para evitar un cisma dentro de la comunidad⁵.

El distanciamiento de Pedro con respecto a Jerusalén y la salida de Pablo de Antioquía no son sólo acontecimientos que afecten a estos personajes. Tanto Pedro como Pablo aparecen en los primeros escritos cristianos como representantes de diversas posturas, especialmente en lo que se refiere a la obligatoriedad de las prácticas judías para los que se convierten al cristianismo. En realidad, detrás de estos acontecimientos históricos puede percibirse una cierta tensión, y una primera delimitación de las áreas geográficas en las que se implantaron las tradiciones representadas por ellos. La postura más cercana al judaísmo estaba representada por Santiago, el hermano del Señor, y fijó su residencia en Jerusalén; la actitud moderada y de diálogo, estaba representada por Pedro y se instaló en Antioquía y sus alrededores; finalmente la posición más aperturista de Pablo se acabó implantando en Grecia y Asia Menor, las regiones evangelizadas por él y sus compañeros. Estos fueron los lugares más directamente vinculados a dichas tradiciones, pero no los únicos, pues a veces diversas posturas entraban en conflicto en una misma ciudad, como ocurrió en Antioquía (Gal 2,11-14) y en Corinto (1 Cor 1,12).

Así pues, podemos decir que Antioquía y sus regiones limítrofes fueron el ámbito geográfico donde se implantó la tradición de Pedro, debido en gran parte a la presencia del apóstol en esta ciudad⁶. Fue desde allí desde donde se extendió, como veremos, a otras regiones, y a ello contribuyó en gran medida la tradición misionera de esta comunidad y la autoridad de Pedro, como testigo privilegiado de la resurrección del Señor.

La tradición cristiana, basándose en las afirmaciones de la primera carta de Clemente (1 Clem 5,2-4) afirma que Pedro murió martirizado en Roma durante la persecución de Nerón. Parece que existen incluso datos arqueológicos fiables para afirmar que fue enterrado allí⁷. No es extraño pensar, dada la movilidad de Pedro, y las comunicaciones existentes entre Antioquía y Roma, que Pedro llevara consigo a la capital del imperio los postulados que se habían impuestos en la comunidad de Antioquía. Este

⁵ R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 40-41.

⁶ H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 676. R.E. Brown, «Not jewish christianity and gentile christianity but types of jewish-gentile christianity» *CBQ* 45 (1983) 77.

⁷ R.E. Brown y otros, *Pedro en el NT* (Santander 1976) 28-29.

hecho histórico es la base sobre la que se sustenta la posterior implantación de la tradición petrina en Roma.

Una vez descrita la geografía de la tradición petrina durante la primera generación cristiana, podemos preguntarnos cuáles eran sus principales acentos y cómo era el grupo de cristianos que la encarnaba.

Según Köster⁸ el centro teológico de la tradición petrina era el kerigma de la muerte y resurrección de Jesús, de las que Pedro fue el primero y más importante testigo entre los apóstoles. La autoridad de Pedro se basa fundamentalmente en este dato, que poco a poco fue aglutinando en torno a sí otras tradiciones sobre las palabras y los milagros de Jesús.

F. Vouga en un interesante estudio sobre la geografía de los cristianos primitivos identifica el grupo de Pedro con los carismáticos itinerantes descritos por Theissen y define a este grupo como «judeo-cristianismo palestinese misionero». Según él, aunque los orígenes de este grupo fueron rurales, fue a través de Antioquía y de las tradiciones helenísticas como su voz llegó a los evangelios⁹.

Finalmente, R. Brown describe el grupo vinculado a Pedro como «judeo-cristianos y sus conversos gentiles que no insisten en la circuncisión como algo necesario para la salvación de los cristianos de origen gentil, pero exigen el cumplimiento de algunas leyes de pureza ritual»¹⁰.

Todas estas observaciones no se excluyen, sino que se complementan, dibujando una imagen aproximada de lo que debió ser el cristianismo de corte petrino en este primer período del cristianismo naciente; enraizado en el testimonio personal de Pedro (testigo de excepción de las enseñanzas de Jesús, y sobre todo de su resurrección), conservó la radicalidad ética del grupo itinerante de Jesús, y abrió el mensaje cristiano a los no judíos. Desde Jerusalén llegó a Antioquía, pasando por la región costera de Palestina, y probablemente por Galilea, el país natal de Pedro¹¹. Fue en Antioquía donde sus raíces se hicieron más sólidas. Desde esta ciudad la influencia de Pedro llegó hasta Corinto y muy probablemente a Roma. De este modo

⁸ H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 677.

⁹ F. Vouga, «Pour une géographie théologique des christianismes primitifs» *EtThRe* 59 (1984) 141-149. G. Theissen, *Sociología del movimiento de Jesús* (Santander 1979) 13-20.

¹⁰ Este autor distingue cuatro grupos bien definidos y sitúa acertadamente la tradición de Pedro entre la postura más extremista de la iglesia de Jerusalén, y la más abierta de las comunidades paulinas. Menos acertada parece la relación que establece entre las figuras de Santiago y Pedro, al relacionar ambos personajes con el mismo grupo. Véase R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 3-4.

¹¹ Hay suficientes datos para documentar la existencia de una comunidad cristiana que se reunía en la casa de Pedro en Cafarnaúm en el último tercio del siglo I d. C. Véase S. Loffreda, *Recovering Cafarnaum*, (Jerusalem 1985) 57.

queda ya delimitado el esquema básico de la tradición petrina, que pivota sobre tres ejes: Jerusalén, Antioquía y Roma ¹².

2. Período Sub-Apostólico (66-100 d. C.)

La característica más notable de este período es la desaparición de los testigos oculares de la vida de Jesús. Se trata de un espacio de tiempo muy interesante para conocer la historia del cristianismo naciente. En él las iglesias tuvieron que afrontar la tarea de dar continuidad al movimiento impulsado por los discípulos del resucitado, y lo hicieron invocando el nombre de estos mismos apóstoles como garantes de la tradición que habían recibido.

Fue en esta época cuando se redactó la mayor parte de los escritos del NT, algunos de los cuales están vinculados a la tradición petrina. Para estudiar la evolución de dicha tradición aludiremos sobre todo a estos escritos, así como a otros no incluidos en el NT. Todos ellos pueden vincularse, según su origen más probable, a dos centros geográficos: Antioquía de Siria (Mt y probablemente Mc) y Roma (1 Pe y 1 Clem), A estos dos centros geográficos hay que añadir una amplia zona situada al norte de Asia Menor, cuyas principales regiones figuran como destinatarias de la carta que en nombre de Pedro les dirige la comunidad de Roma (1 Pe).

¹² Los escritos pseudoclementinos confirman básicamente este esquema geográfico con su descripción del «itinerario de Pedro»:

- De Cesarea a Tiro (Hom, III, 73,2)
- De Tiro a Trípoli (Hom, VIII, 1,1)
- De Trípoli a Antioquía (Hom, XII, 1,1)
- De Antioquía a Roma (Rec, III, 65)
- Estancia en Roma (EpCle, 1,5)

La mayoría de los estudios sobre Pedro y la tradición petrina coinciden también en estas apreciaciones.

O. Cullmann, *Saint Pierre, Disciple - Apôtre - Martyr* (Neuchâtel 1952) 45-48, habla de tres centros de misión a los que Pedro está vinculado: Antioquía, Corinto y Roma; pero sólo admite como demostrada la presencia de Pedro en Antioquía y Roma.

R. Pesch, *Simon-Petrus, Geschichte und geistliche Bedeutung des ersten Jüngers Jesu Christi* (Stuttgart 1980), habla de su estancia en Jerusalén (p. 63) y Antioquía (p. 105), y analiza las posibilidades de una estancia en Corinto (p. 106) y en Roma (pp. 109-134). Según él las pruebas a favor de la estancia en Corinto no son concluyentes, sin embargo, parece bastante probable su estancia en Roma.

M. Hengel, «Petrus und die Heidenmission», en C.P. Thiede (Ed), *Das Petrusbild in der neuen Forschung* (Wuppertal 1987) 163-170, se mantiene en la línea de Cullmann y Pesch, añadiendo que tras el incidente de Antioquía, las comunidades de toda Siria sintieron el influjo de Pedro (p. 168).

Siria

Antioquía parece haber sido el crisol de diversos grupos cristianos. Con esta ciudad está relacionada la misión de los helenistas (Hch 11,19-21), la de Pablo, y también la actividad de Pedro. La imagen que percibimos es la de una gran comunidad en la que confluyeron diversas tradiciones vinculadas a diversos apóstoles. Esto significa que al cabo de algún tiempo dichas tradiciones se fundieron, y resulta difícil decir, qué pertenece a cada una de ellas. Esta fusión se fue realizando desde el principio, pero se manifiesta de forma más clara en los escritos de este período.

Hoy la mayoría de los autores sitúa en Antioquía la composición del evangelio de Mateo durante este período¹³. Ahora bien, este evangelio presenta a Pedro como el supremo maestro de la iglesia¹⁴. Mateo resalta notablemente la figura de Pedro, porque ve en la tradición vinculada a él el centro moderado y el punto de encuentro para las diversas tradiciones existentes en la comunidad¹⁵.

Es menos seguro que Mc haya escrito en Siria, pero no hay duda de que muy pronto fue conocido y utilizado en aquellas iglesias, y de que fue este evangelista el que comenzó la fusión de las diversas tradiciones.

F. Vouga, apoyándose en las aportaciones de Köster¹⁶ propone una reconstrucción que aclara cuál es el papel que jugó la tradición petrina en la composición de los dos primeros evangelios. Según esta hipótesis, Marcos heredó de Antioquía la «theologia crucis», que era el punto central del kerigma petriño, e hizo de ella el principio organizativo de su relato, reinterpretando el radicalismo de dicha tradición en el sentido de una llamada al seguimiento del crucificado. Evidentemente añadió a este nervio central otras tradiciones de diversa índole. Mateo completó la obra incorporando las tradiciones de Jerusalén a la obra de Marcos. De este modo adoptaba una postura intermedia entre los seguidores de Santiago y los de Pablo, que fue precisamente la postura que dominó en Antioquía¹⁷.

¹³ E. Schweizer, «Matthew's church» en G. Stanton (Ed.) *The interpretation of Matthew* (Philadelphia - London 1983) 129, R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 15-27.

¹⁴ R.E. Brown y otros, *Pedro en el NT* (Santander 1976) 77-104. Véase también la colaboración de R. Aguirre en este mismo volumen.

¹⁵ R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 67. Una presentación sugerente de dichas tendencias en pp. 51-57.

¹⁶ F. Vouga, *art. cit.* en nota (9), 148. H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 681-695.

¹⁷ R.E. Brown, *Las iglesias que los apóstoles nos dejaron* (Bilbao 1986) 125. R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 67.

Así pues, en ambos evangelios se transmitieron los principales elementos de la tradición vinculada a Pedro.

La característica principal de esta tradición en el período subapostólico es la de ofrecer un punto de encuentro a las diversas tradiciones, que se van congregando en torno a la figura de Pedro, como suprema autoridad dentro del cristianismo sirio.

Precisamente en Siria y en esta época se produjo un intenso acercamiento entre la tradición petrina y la joánica. El capítulo 21 del evangelio de Juan fue añadido a la obra original, con la intención de vincular la tradición joánica, originalmente independiente, a la de Pedro. En Jn 21 el discípulo amado aparece en cierto modo subordinado a Pedro, a quien Jesús confía una misión pastoral sobre la Iglesia. Añadiendo este capítulo a la obra original, la mayor parte de las iglesias joánicas se unieron a la gran Iglesia, representada por la figura de Pedro¹⁸.

Así pues, podemos afirmar que a finales de la época sub-apostólica la tradición de Pedro se había convertido en la región de Siria en un punto de referencia. En torno a ella se fueron aglutinando otras tradiciones, que reconocían la autoridad de Pedro, como testigo de la resurrección de Jesús, y como maestro de la comunidad, Antioquía y las regiones limítrofes serán en adelante el hogar de la tradición petrina, y por eso es en esta región donde surgirán, como veremos, la mayor parte de los escritos apócrifos atribuidos a Pedro.

Roma

En primer lugar tenemos que aclarar si efectivamente Pedro vivió en Roma los últimos años de su vida y murió allí. La tradición cristiana más antigua así lo afirma unánimemente, y recientes excavaciones arqueológicas apoyan dicha tradición. Es, pues, un hecho históricamente bastante probable, que explicaría la implantación en Roma desde muy temprano de un cristianismo más vinculado a sus raíces judías que el de Pablo. Precisamente la breve noticia de Suetonio en su *Vida de Claudio*, sobre la expulsión de los judíos de Roma en el año 49 d. C. debido a los constantes alborotos que provocaban «instigados por un tal Chrestos»¹⁹, sugiere que el cristianismo estaba implantado sobre todo en los círculos judíos. Algunos años después, hacia el 58 d. C. aproximadamente, Pablo escribe una extensa carta de presentación, dirigida a la comunidad de Roma, una comunidad que él no ha fundado, y a la que quiere presentarse. Da la impresión de que en

¹⁸ R.E. Brown, *La comunidad del discípulo amado* (Salamanca 1983) 147-154. Véase la colaboración de J.O. Tuñi en este mismo volumen.

¹⁹ Suetonio, *Vita Claudii*, XXV, 4.

ella Pablo trata de sintonizar con unos problemas distintos a los de las comunidades fundadas por él. Ciertamente está mucho más presente todo lo relacionado con el judaísmo²⁰, y no deja de ser significativo que en esta carta desarrolle Pablo los temas esbozados en Gálatas, una carta probablemente relacionada con la misión petrina²¹.

Todos estos datos hacen bastante plausible la hipótesis de que el cristianismo de corte petrino haya jugado un papel muy importante en los orígenes de la comunidad cristiana de Roma.

Es de suponer que siendo Roma la capital del imperio, pronto llegaron a ella también misioneros cristianos portadores de otras tradiciones, y que todas ellas se fueron fusionando poco a poco. Este es, precisamente, el estado de cosas que refleja la primera carta de Pedro, dirigida desde Roma y en nombre de Pedro a algunas comunidades del norte de Asia Menor. Aunque la carta invoca la autoridad de Pedro, hay en ella una presencia innegable del pensamiento paulino²². Ambos hechos son significativos: por un lado el reconocimiento de la autoridad de Pedro, y por otro la relación entre la tradición petrina y la paulina, que a finales del siglo I d. C. es un hecho ya en Roma como se advierte claramente en 1 Clem²³.

Norte de Asia Menor

Como acabo de decir, 1 Pe fue escrita desde Roma bajo la autoridad de Pedro y tiene relación con el pensamiento paulino.

La carta se dirige «a los que viven como extranjeros dispersos por el Ponto, Galacia, Asia y Bitinia» (1 Pe 1,1). Por el contenido de la carta parece que se trata de gentiles convertidos al cristianismo, que viven su fe en una situación adversa. Quien se dirige a ellos, lo hace apoyado en la autoridad de Pedro ¿Por qué? ¿Será, quizás, porque fue Pedro, o emisarios suyos quienes evangelizaron aquella región? Antes de responder a estas preguntas anotemos algunos datos.

En primer lugar, todas estas regiones están situadas al norte de los límites de la misión paulina²⁴, precisamente en las regiones en las que, según Hch

²⁰ Se advierte en los temas tratados, especialmente en la extensa reflexión de Rom 9-10 sobre el destino de Israel.

²¹ Véase nota (24).

²² R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 128-139.

²³ En 1 Clem la relación entre Pedro y Pablo es manifiesta. Ambos aparecen unidos como grandes personajes de la iglesia de Roma. Véase H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 815 y ss.

²⁴ Parece que la carta a los Gálatas se dirige a los habitantes de la provincia de Galacia, y no a los de la región del mismo nombre situada al norte. En cualquier caso, no deja de ser significativo que sea precisamente en esta carta donde Pablo explica sus relaciones con Pedro.

16,6-10 el Espíritu impidió a Pablo y a Bernabé entrar. ¿No será una velada forma de decir que estas regiones ya habían sido evangelizadas por el grupo de Pedro? ²⁵. Pablo, siguiendo su costumbre de no construir sobre cimiento ajeno (Rom 15,20; 2 Cor 10,15-16), habría preferido dirigirse a Grecia y evitar así un conflicto semejante al que surgió entre él y Pedro en Antioquía. Finalmente es significativo que tres de los cinco nombres que aparecen en 1 Pe 1,1 (Capadocia, Ponto y Asia) se encuentren también en la lista Hch 2,9, una lista que parece contener las regiones evangelizadas desde Jerusalén ²⁶.

Todos estos datos hacen pensar seriamente en una misión en la zona norte de Asia Menor, que pudo ser llevada a cabo por Pedro, o por otros misioneros vinculados a él. Lo más probable es que dicha misión se realizara desde Antioquía. De este modo se explica que algunos años después alguien se dirija a ellos desde Roma, invocando la autoridad de Pedro.

3. *Período Post-Apostólico (100-150 d. C.)*

Durante la tercera generación cristiana hacen su aparición una serie de escritos que reclaman la autoridad de Pedro: el Evangelio de Pedro, el Kerigma de Pedro, la segunda carta de Pedro y el Apocalipsis de Pedro. En otros escritos de esta época (la primera carta de Clemente y las cartas de Ignacio de Antioquía) se reclama directa o indirectamente dicha autoridad, para apoyar el cristianismo paulino. Finalmente, en los escritos pseudo-clementinos, cuyo origen puede situarse en el siglo II d. C., se recurre a esta misma autoridad para reforzar la autoridad del judeo-cristianismo posterior. Todos estos escritos están relacionados con Siria o Roma, y pueden ayudarnos a esbozar la trayectoria de la tradición petrina en el período post-apostólico ²⁷.

Dos de estos escritos, originarios de Siria (el Evangelio de Pedro y el Kerigma de Pedro), conservan la más antigua tradición petrina. El primero era conocido por una cita de Eusebio ²⁸, según la cual el obispo Serapión de Antioquía conoció hacia el año 200 d. C. la existencia de un evangelio de Pedro que era utilizado por la comunidad de Rosos. En 1886 se descubrió en Akhim (Egipto) un fragmento de dicho evangelio que contiene gran parte

²⁵ R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983). Nota 277.

²⁶ Probablemente por el grupo de Pedro, que es el que posee un talante más misionero.

²⁷ T.V. Smith, *Petrine controversies in early Christianity. Attitudes towards Peter in christian writings of the first two centuries*. WUNT, 2 Reihe 15, (Tübingen 1985) 63. Sitúa la redacción de los principales pseudoepígrafos petrinus en Roma (1 Pe) Egipto (2 Pe y ApPe) y en Siria (EvPe).

²⁸ *Hist. Ecl.* VI, 12,2-6.

del relato de la pasión²⁹. Del Kerigma de Pedro, compuesto hacia el año 100, sólo se conserva algunos fragmentos en las obras de Clemente de Alejandría. Estas dos obras están centradas en la interpretación de la pasión de Jesús. Comparando el EvPe con los relatos de los evangelios canónicos, se llega a la conclusión de que la base de dicho evangelio, que se acoge a la autoridad de Pedro, es en parte independiente, y tal vez anterior a los evangelios canónicos³⁰. Así pues, una serie de escritos conservados en Siria, continúan la más antigua tradición petrina.

En otro de los escritos citados al principio, las pseudoclementinas, se advierte fácilmente una tendencia a utilizar la autoridad de Pedro para justificar el judeo-cristianismo. Aunque los escritos pseudoclementinos son posteriores, lo más probable es que su fuente hayan sido los «kerigmata Petrou», procedentes de Siria en el siglo II. En las pseudoclementinas se dice que la verdadera doctrina de Pedro fue enviada directamente a Santiago, que era la autoridad indiscutible para el judeo-cristianismo observante de la ley. En los discursos de Pedro se ataca a Pablo y se intenta desacreditar a los que consideran a Pedro como sucesor de Pablo en la misión a los gentiles³¹. Esto significa que probablemente una segunda rama de la tradición petrina, que intentaba relacionar a Pedro con Santiago, estuvo vinculada al judeo-cristianismo.

Sin embargo, la mayoría de los escritos de esta época relacionan a Pedro con Pablo, y los convierten en autoridades de orden eclesiástico. Ya hemos visto que este fenómeno comenzó a finales de la segunda generación cristiana con la 1 Pe y la 1 Clem, pero el testimonio más elocuente de esta vinculación entre Pedro y Pablo, como supremas autoridades de la iglesia católica, lo encontramos en las cartas de Ignacio de Antioquía³². El que se nombre conjuntamente a ambos apóstoles no es fácilmente explicable, si tenemos en cuenta su enfrentamiento en Antioquía (Gal 2,11-14), y la reivindicación de la autoridad de Pedro frente a la de Pablo, hecha por algunos grupos judeo-cristianos en Siria por esta misma época³³. Finalmente, la alusión a Pablo y a sus cartas en un escrito de esta época, puesto bajo la autoridad de Pedro (2 Pe 3,15-16) es un dato más de la relación que se estableció entre la tradición paulina y la petrina.

La vinculación entre ambas tradiciones, realizada simultáneamente en Roma y Antioquía, dió lugar a la tradición hegemónica de la gran iglesia

²⁹ A. de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos* (Madrid 1963) 377, 380-393.

³⁰ Véase la comunicación de Miguel Rodríguez en este mismo volumen sobre el EvPe.

³¹ Véase la comunicación de Fernando Cuenca en este mismo volumen sobre los escritos pseudoclementinos.

³² Ignacio. Rom. IV, 3.

³³ H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 818.

católica, cuyo centro geográfico fue, desde entonces, la capital del imperio. Frente a esta gran tradición se situaron las demás tendencias en una actitud polémica. Hemos hablado de los intentos del judeo-cristianismo por recuperar para sí la figura de Pedro, situándole en conflicto con Pablo (Pseudoclementinas), pero podríamos citar también la polémica antipetrina, característica común de los escritos gnósticos a finales del siglo II, que refleja la tensión de estos grupos con Roma, donde ya se había asentado definitivamente la gran tradición católica bajo la autoridad del binomio Pedro-Pablo.

Así pues, la geografía de la tradición petrina no sufrió modificación durante la época post-apostólica. Siria y Roma seguían siendo sus dos grandes centros. Lo que sí cambió fue la trayectoria de dicha tradición. La autoridad de Pedro se invocó entonces para justificar el judeo-cristiano y para sancionar la tradición paulina. De estas dos tendencias la que alcanzó más fortuna fue la segunda, culminando un proceso de diálogo iniciado ya en Antioquía y asentándose definitivamente en Roma.

Conclusión

En las páginas anteriores he procurado rastrear la trayectoria de la tradición petrina durante las tres primeras generaciones cristianas y delimitar su área geográfica de influencia en este período de tiempo. Llegado al final, resumiré así las conclusiones del mismo.

1. Puede decirse que en el primer siglo del cristianismo existió una tradición vinculada a Pedro. En sus orígenes, esta tradición se caracterizaba por unos contenidos teológicos centrales (el kerigma de la muerte y resurrección de Jesús, de las que Pedro era indiscutiblemente el testigo más autorizado), y por una postura intermedia entre la de Santiago y la de Pedro a la hora de resolver la cuestión de la vigencia de la Ley para los cristianos.

2. Pero esta tradición no se conservó nunca en estado puro, sino que se fue fusionando con otras tradiciones hasta dar lugar a la tradición hegemónica de la gran iglesia católica. La figura de Pedro aparece, cada vez más, como autoridad capaz de crear unidad dentro de la iglesia. Bajo esta autoridad se coloca primero la tradición joánica y después la de las iglesias paulinas.

3. Durante la primera generación cristiana la actividad misionera del mismo Pedro pone las bases de lo que será la geografía de la tradición petrina: Siria (especialmente la ciudad de Antioquía, donde Pedro estuvo un largo tiempo, y donde se afianzó el kerigma de la muerte y resurrección de Jesús), y Roma.

4. Durante la segunda generación cristiana la tradición petrina se fue consolidando y asentando en Siria y Roma. En la región de Siria la mayor parte de las tradiciones cristianas aceptaron la autoridad de Pedro (Mc, Mt, Jn 21), mientras en Roma se invocaba esta misma autoridad para dirigirse a otras comunidades (1 Pe). A finales del siglo I d. C. la memoria de Pedro aparece unida a la de Pablo (1 Clem) en Roma.

5. Finalmente, los escritos cristianos del siglo II d. C. revelan que, durante el período post-apostólico la autoridad de Pedro fue reclamada por tendencias opuestas. Si estos escritos reflejan la trayectoria petrina, podemos decir que ésta se escindió en tres ramas: una independiente, asentada en zonas rurales de Siria (EvPe); otra se unió al judeo-cristiano que no aceptaba la postura de las iglesias paulinas (Pseudoclementinas); y otra, probablemente la más amplia, que se unió a la tradición paulina, y dió lugar a la tradición de la gran iglesia católica³⁴.

³⁴ Véase la comunicación de Francisco de Lucas en este volumen sobre la Pistis Sophia.